achacar esto a los grupos de Barcelona y a los que trabajan en 16 milímetros —en mayor medida al primero por estar más peligrosamente ligado a la concepción industrial—, pero sería un error que, particularizando sobre una obra o un autor, se quisiese invalidar el potencial resulsivo que ambas corrientes, preferentemente la segunda, pueden desarrollar. Simplemente cabría remarcar la culpa de quienes no son capaces de llevarlo a cabo. No se trata de elevarse a la categoría del público sino de combatir el reformismo.—AUGUSTO MARTÍNEZ TORRES y MANUEL PÉREZ ESTREMERA *(Larra, 1. MADRID).*

MANUEL BUENO, EMIGRANTE EN HISPANOAMERICA

(FRAGMENTOS DE UNAS MEMORIAS QUE NO SE LLEGARON A ESCRIBIR)

I

La angustiosa situación que se produjo en nuestro país el año de 1898, sembró un desaliento general en los espíritus de la gente de letras, y algunos de ellos pensaron en emigrar, pensando en buscar al otro lado del océano tierras donde pudiera salir a su encuentro un porvenir menos desventurado que aquel que su Madrid les ofrecía. En pleno verano, Manuel Bueno, brillante periodista que ya para entonces había recorrido algún que otro país ultramarino, sediento de aventuras, encontróse una tarde en el Ateneo con su compañero Ruiz de Velasco, director a la sazón del semanario *Madrid Cómico,* el cual le preguntó si quería algo para sus amigos de la capital argentina. Bueno le dio las gracias, pero se abstuvo de darle encargo ninguno. La propia experiencia le hacía nada deseoso de molestar a los amigos que en Buenos Aires había dejado. Lo creía inútil, juzgaba difícil el que una tarjeta suya pudiera servir allí de recomendación para nada ni para nadie.

Pero, en ese momento, comenzó a dar vueltas en su imaginación el recuerdo de lo que en la Argentina le había ocurrido a él mismo, y, al llegar a la redacción de *El Globo,* donde entonces trabajaba, tomó la pluma y se puso a llenar cuartillas, como si se decidiese a escribir algunos episodios que, años más tarde, dieran sustancia aprovechable en unas posibles Memorias.

Suponía que ya no se acordarían de él «por aquellos pagos», expresión pintoresca del gaucho argentino, teniendo presente que «una amistad que se descuida es una amistad que se pierde». También él había olvidado a sus amigos de América, pensando «que los afectos

se dan en el humano corazón a compás de los climas, y que lo que se ama en América resulta luego indiferente en Europa».

Se confesaba a sí mismo pensando: «apenas si conservo el recuerdo de una amistad valedera de mis vagabundajes por América. Nombres, fechas, circunstancias personales, todo se ha borrado de mi memoria».

Recordaba, en ese instante, que el famoso geólogo Cuvier tenía sostenido que ciertas especies de animales de una capa terrestre eran capaces de sobrevivir en la siguiente, pero no respondía de que tal aserto fuese verdad, por no ser él un paleontólogo.

Ahora bien, de lo que respondía era de que, en la evolución mental que en él se había ido operando, había logrado salvar la huella de un recuerdo, y en los hondos de su conciencia quedaban las huellas de su coincidencia personal con dos escritores conocidos por Bueno en Buenos Aires: Carlos Malagarriga y Manuel Rivas Vallée.

Y entonces se decidió a contarle a su compañero Ruiz de Velasco, desde las acogedoras columnas de *El Globo,* lo que sigue:

«Una noche inverniza que yo erraba por las calles de la capital argentina, paseando mis prematuros hastíos y mi anticipada tristeza de la vida, se me ocurrió entrar en un restaurante español que entonces existía en la calle de Belgrano. Me acomodé en la primera mesa que hallé al paso, pedí la lista y me dispuse a comer. Enfrente de mí había un cubierto inocupado. No tardó en venir un nuevo huésped. Sentóse en la silla frontera a la mía, saludó cortésmente y se colgó la servilleta de la cazadora. Minutos después charlábamos como dos antiguos amigos.

—¿Luego es usted español? —decía mi interlocutor con llano regocijo.

—Sí, señor, soy vascongado. Hace unos días llegué aquí de la República del Paraguay.

—Yo soy granadino. Me llamo Manuel Rivas y Vallée. En la redacción de *El Correo Español* tiene usted un amigo.

Hablamos largamente. Manuel Rivas era periodista. Había estado en Madrid a las órdenes de los Suárez de Figueroa, en *El Resumen.* Como se ve, procedía de buena casa. Estos orígenes suponen mucho en la clasificación del periodismo. Son a modo de cédula que garantiza el porvenir del escritor. Por aquellas fechas trabajaba con Carlos Malagarriga en *El Correo Español.*

Al día siguiente de conocer a Rivas, era ya presentado a Malagarriga, con la pretensión de mi parte de que me buscase un destino...

—¿No le convendría a usted más regresar a su casa? —me preguntó el escritor español—. Piénselo, y si se decide, yo le facilitaré los medios de volver a España.

—Señor Malagarriga —le dije—; agradezco ese ofrecimiento, pero no lo acepto. Yo no iré a España porque me encuentro aquí bien.

—¿No me ha dicho usted que le hacía falta un destino?

—Efectivamente, he hablado de un empleo, no de un pasaje.

Y nos despedimos tan amigos, sin que Malagarriga hubiera hecho nada en mi favor, porque no estuvo de su mano el hacerlo.

Luego yo me largué a Montevideo a proseguir la serie de mis azares, y aunque más tarde regresé a Buenos Aires, jamás acudí a Malagarriga en busca de apoyo. El, que es una excelente persona, me lo hubiese dispensado.

—¿Otra vez usted por aquí? —me preguntó una noche que nos topamos en "La Unión Obrera", un círculo español de la calle Bolívar al que concurrían, entre otros españoles, el anarquista Pedrote.

—Otra vez por aquí, amigo don Carlos. Siempre rodando...

—¿Qué piensa usted hacer ahora? —me preguntó con visible interés.

—No sé, a ciencia cierta. Quizá me decida a marchar a Chile.

Y nos despedimos. Un mes después emprendía yo, inopinadamente, mi viaje a España. No he vuelto a ver a Carlos Malagarriga. El sigue por allá, yo me vine. El llora desde lejos nostalgias muy íntimas. Yo me aburro en España, en este país de mentecatos sin redención. ¿Nos veremos otra vez? Quién sabe. Acaso mi destino me empuje nuevamente hacia América. En la incertidumbre en que vivimos respecto del porvenir, no nos es dable disponer del mañana. En este doloroso peregrinar en pos de un girón de dicha que luego de creerlo alcanzado se nos escapa de entre las manos, ¿quién puede asegurar el sitio en que se hará alto?

Manuel Bueno, pensando en que su amigo Ruiz de Velasco leería su trabajo, terminaba la evocación de su reciente pasado de vida emigrante con el párrafo siguiente:

«Ayer, cuando me habló usted, amigo Velasco, de que se iba, la noticia me entristeció. Los que se marchan, cuando se van lejos, me inspiran un sentimiento ambiguo, que participa de la simpatía y de la tristeza. Son los viajeros de la leyenda oriental, los que cruzarán el desierto a la zaga de un poco de felicidad. Que usted la consiga, amigo Velasco. Ese es mi consejo.»

II

Pocos días más tarde, Manuel Bueno, continuando en la recordación de sus años juveniles y aventureros, quiso de nuevo deleitar a sus lectores contándoles algunos pasajes de sus andanzas americanas, y escogió para ello la evocación de dos Nochebuenas vividas en puntos

extremos del Continente americano, una en el año 1891, otra tres años después, en 1894; la primera en la Pampa argentina; la segunda en los Estados Unidos, a bordo del vapor *Alava,* de bandera española, anclado en el puerto de Nueva Orleáns, ya dispuesto para zarpar rumbo a Liverpool, en cuyo viaje Bueno regresaría a su patria, sin haber tenido que aprovechar un pasaje obtenido por recomendación.

Esos dos fragmentos de unas Memorias que debemos lamentar no llegarán a escribirse por entero, también se han conservado en la columna de *El Globo;* de allí las reproducimos con el mismo título que Manuel Bueno quiso darles:

DISONANCIAS LEJANAS

I

General Acha (Pampa argentina),
24 de diciembre de 1891.

En torno de la mesa están sentados: el dueño del establecimiento, que es paisano mío; el coronel del cuerpo de línea que ha mandado el Gobierno argentino para reprimir cualquier intentona de los indios del Sur; el mayoral de la diligencia que hace el trayecto entre Guaminto y esta colonia; un genovés simpático, porque no habla mal sino muy raras veces; dos gauchos troperos o capataces de ganado que vienen periódicamente a surtirse de objetos de talabartería; un empleado de la casa, gallego lenguaraz, que habla de todo con desenfadada suficiencia, y yo, que llegué hace pocos días de Buenos Aires, muy eficazmente recomendado.

Hemos comido bien. Los comensales guardan silencio; un silencio animal, que es como el sueño de las inteligencias. Interrogando los rostros de esta gente, se ve que no piensan en nada. Han comido, han bebido, fuman y callan. Su digestión es solemne. Para ellos, la fecha de hoy carece de sentido. El 24 de diciembre no despierta remembranzas lejanas, ni el rodar de las horas levanta en sus almas polvo de recuerdos. La nostalgia, enfermedad de los espíritus inquietos, no ha hecho aquí ninguna víctima. Ni mi paisano ni el gallego charlatán han pronunciado una palabra de alusión a la casa paterna.

—Cosa fa—*le pregunto al distraido genovés, que está enfrente de mí.*

—Sono annoiatto. ¿Udite la pioggia e le rafiche?

Efectivamente. Prestando atención al exterior advierte que llueve. Las ráfagas pamperas azotan la techumbre del palpón o casamata que nos sirve de comedor. Luego el viento cesa. La sirviente, una china —india sometida— levanta los manteles y nos trae el café.

—*Che, gallego—dice uno de los gauchos troperos dirigiéndose al dependiente—; vamo a vé qué cara tiene este coñá.*

—*Te advierto que es de la marca «Pajarito», que vale cincuenta centavos la copa.*

Al oír esto el gaucho se impacienta.

—Patrón —le dice al amo—, ¿estamos aquí como marchantes o como del velorio?

—Como del velorio —contesta sonriendo el principal—. Hermenegildo, baja ese coñá que recibimos la semana pasada.

Descorchada la botella, mi paisano sirve el coñac. Es un licor del país, aguardiente refinado, que enciende las paredes del estómago. Yo apenas si lo he probado. El coronel se echa al cuerpo hasta seis copas, y los gauchos apencan con lo restante. No quedan ni escurriduras en la botella.

—Y usté, mi generá, ¿por qué pagos andaba el año pasado? —dice uno de ellos.

—El año pasado, tal como hoy, estuve en el Chaco con el general Rudesindo Roca, persiguiendo a la indiada.

—Según; los hay mansos y atrevidos. Lo que es a los matecos de Santiago del Estero ni su taita los sujeta. Muerden como monos antes de entregarse.

—Y vos, che-vasco, ¿andabas por Galisia?

—No sea bagual, mi amigo —le contesto acomodándome al léxico del país.

—Yo no estuve nunca en Galicia. Ya he dicho que soy vizcaíno.

Ellos, pobre gente semisalvaje que vive casi siempre en despoblado, no distinguen entre vasco y gallego. ¿Qué más da, después de todo? Yo no creo que unas regiones valgan menos que otras, ni he incurrido nunca en la tontería de sostener que mis paisanos prevalecen como virtuosos entre los demás españoles.

Eso me parece mezquino y ñoño. La humanidad es mala en todas partes. La cobardía y la estulticia es la levadura con que Dios, o quien fuese, formó el primer hombre.

El genovés se lamenta de que la lluvia le malogre el viaje que tenía pensado para mañana; el coronel fuma y eructa; el chico de la casa permanece mudo, fingiendo una preocupación que no siente, y uno de los gauchos troperos extiende en el suelo la carona y la manta de su cabalgadura, se tapa con el poncho y no tarda en dormirse. Su compañero habla con el gallego sobre la próxima hierra del ganado y le entrega el notición de que su china —la querida— va a parir. El dependiente se brinda como padrino, y en señal de convenio beben juntos dos copas de ginebra.

Yo, recogido en lo más apartado de mi corazón, sueño con los míos. El pensamiento, entristecido, recorre millares de leguas a través de los espacios oceánicos, se detiene en una aldea del Cantábrico y sufre, renovando en el pasado la sensación inolvidable de la dicha muerta.

II

Nueva Orleáns (Estados Unidos),
24 de diciembre de 1894.

Mañana zarpamos para Liverpool. Hemos permanecido aquí dieciséis días. Al embocar el Mississipi, nos impusieron una cuarentena penosa, y aún tengo en el olfato dejos de azufre. Esta noche, por disposición del capitán Telleria, hay banquete a bordo. Comen con nos-

otros el capitán y oficiales del vapor «Alava», que fondeó ayer a nuestro costado para cargar de algodón con palas y hacerse a la mar con rumbo a Inglaterra; el consignatario de la Compañía Bandera Española, el cónsul español y su familia. Habrá concierto, porque la previsión de Telleria, que es un artista, ha dotado de piano al transatlántico.

Al salir de La Habana me dijo mi amigo Illera: «Te advierto que la Nochebuena te coge en el camino.» Y la perspectiva de pasarla en plena mar me encantó. Esta avidez imaginativa que padezco desde niño se aplaca viajando. Hoy me siento alegre y todo mi cuerpo rebosa el contento de vivir. Me he levantado muy de mañana, con la claridad auroral, y luego de bañarme he saltado a tierra.

—¿Quiere usted acompañarme a la compra? —me ha dicho el mayormodo. Y me he ido con él.

Las disputas de Tiburcio con los proveedores del buque me divierten. Este vasco simpático parece catalán por lo tacaño. Discute los contratos al céntimo, y sería menester mucha habilidad para escamotearle el dinero. Aunque el idioma corriente es el inglés, utilizamos el francés para entendernos, ya que el idioma de Voltsire está aquí muy generalizado a causa de la crecida emigración francesa que arriba todos los años.

—¿Usted no conoce al coronel? —me ha preguntado el capitán Telleria—. Ya verá usted qué valenciano tan festivo y tan instruido.

A las nueve de la noche llega el consignatario con su señora. A lo largo de la planchada que pone en comunicación el buque con el muelle se ha puesto, por prevención, una cuerda de esparto que sirva de pasamanos. La señora del consignatario no es guapa ni fea. La vulgaridad de sus hechuras queda disimulada con la elegancia del vestido. Nos saludamos, entramos en la cámara y el capitán Telleria, galante siempre, obsequia a la señora con flores. Junto a la amura de estribor nos quedamos un piloto y yo para recibir a los convidados. Mi traje negro, arrugadísimo a consecuencia de la desinfección que sufriera en el lazareto, me inspira seria inquietud.

Me sorprende cómo esa nimia imperfección de una americana me cohíbe hasta el extremo de que no acierto a moverme. Hay momentos en que quisiera hacerme superior a esa preocupación vanidosa y no lo consigo. Para desnaturalizar los dejos de azufre que despide mi ropa, me rocío con agua florida, único perfume que hay a bordo, y su odorante ablución me tranquiliza.

En esto llega el cónsul, acompañado de su familia. Me adelanto oficiosamente a darle la mano a una de sus hijas, espigada rubia de unos veinte años, y ella me la rechaza. «Muchas gracias... no tengo miedo.» Ese primer fracaso de mi galantería me deja un poco corrido. Vamos a la cámara. El cónsul y el capitán se abrazan, menudean los saludos, las frases afectuosas, las interrogaciones amigables, y tomamos asiento en torno de la mesa. Somos veinte, comprendidos los oficiales del «Alava», el consignatario y su señora, el cónsul y sus hijas —es viudo— y la gente de a bordo. Entre españoles expatriados, no tarda en producirse una atmósfera de fraternidad, que desata todas las lenguas. De rato en rato llega hasta nosotros el silbato agudo de los remolcadores que hacen el servicio entre ambas orillas del Mississipi.

Dos camareros muy tirados de uniforme sirven la comida. El programa culinario es primoroso. Un arroz a la valenciana entusiasma de tal suerte que Telleria y el cónsul acuerdan llamar al cocinero para felicitarle. Este se asoma al comedor, se quita el gorro blanco y saluda. «Se ederrago arrosa» *—esto está hermoso—, le dice el capitán, y todos asentimos con gestos de aprobación.*

Enfrente de mí está la hija mayor del cónsul, que me rechazó la mano hace poco. Es rubia, opulenta de carnes, y su perfil, clásico, le da apariencias de camafeo. Sus ojos son azules, de mirada lánguida y mimosa, y

Son tan largos sus cabellos,
que si desatados flotan
sobre el cuerpo de jazmín,
lo embellecen y lo adornan,

como dijera el padre Arolas.

Tengo la desgracia de ser el hombre más picajoso del mundo, y como he creído advertir un desaire en la muchacha, me mantengo etiquetero y envarado, como un diplomático. Más por estímulo de urbanidad que por deseo de agradar, cuido de servirle en todos los detalles de la cena y de evitarla molestias. Ella se muestra agradecida, primero en palabras ceremoniosas y luego con movimientos de cabeza acompañados de sonrisas.

Concluida la cena, Telleria, que es músico de mucho valor, se sienta al piano. Yo, aburrido y un poco triste, voy a reclinarme sobre uno de los divanes que orillan la cámara. Enciendo un cigarro y me pongo a mirar a la rubia que está arrimada al piano, charlando con el capitán. De vez en cuando me echa una ojeada y se ríe. Yo, sin inmutarme, experimento continua contrariedad, porque se me figura que se burla de mí. El cónsul y uno de los oficiales, que es valenciano, vienen a sentarse a mi lado y no tardan en pegar la hebra a propósito de cosas de su tierra. Un camarero se me acerca trayendo una botella de coñac y vajilla de cristal en una bandeja.

—¿Quiere usted? —me dice.

Acepto; me bebo un par de copas, me arrellano más y a poco empiezo a dormitar. Telleria me obsequia con una tarantella *napolitana.*

Un deseo vehementísimo de marcharme a tierra me sacude de pronto. Salgo de la cámara y apoyado sobre la amura me encuentro al mayordomo fumando.

—¿Quiere usted venir, Tiburcio?

—¿Adónde?

—A tierra. Eso me aburre.

—Vamos, hombre. No sea usted loco. ¿Qué va usted a hacer solo en tierra? ¿No tiene usted ahí chicas con quienes bailar?

—Es que yo no bailo. Eso de dar cabriolas me parece estúpido.

—Bueno, pues aunque no baile usted, debe quedarse en la cámara. ¿Qué diría Telleria si le dejase solo con los convidados?

Esa consideración me contuvo. Volví a entrar en la cámara; me dejé caer en el diván y le pedí al camarero otra copa de coñac. La rubia del cónsul habíase puesto al piano. Revolviendo partituras estuvo indecisa un momento. Luego colocó una sobre el atril, La Passionatta, *de Beethoven. El idioma es pobre para expresar las gradaciones de la*

música. Hay en circulación dos o tres verbos y media docena de adjetivos gastados por el uso con los cuales aspiramos a reflejar el alma sonora de un instrumento.

Es en vano. La música, como todo goce inmaterial, no sale del dominio de la emoción. Ni Solís, ni Flaubert, ni Gabriel d'Annunzio, estilistas refinados de la prosa, lograrían revivir con palabras el goce musical.

La sensación que viene de una sonata de Beethoven nos baña los nervios, nos inunda el alma y muere en nosotros. Todos los esfuerzos imaginativos, todas las torturas de la pluma, serán estériles para renovarlo. Por eso, me absuelvo de traducir mis sensaciones de hoy en prosa desordenada.

El capitán del «Alava», que tiene voz de tenor, ha cantado una romanza de Guillermo Tell *y dos zortzicos. Nos sirven el té y se improvisa un baile. La señora del consignatario baila con Telleria y dos hijas del cónsul con dos oficiales de a bordo. La rubia no baila. Yo tampoco. Esa coincidencia me tranquiliza. Siempre he creído —véase Spencer— que el baile es un resabio de la vida salvaje.*

Resbalan las horas, y a las dos de la madrugada cesa la fiesta. Nos despedimos, con mutuos ofrecimientos, y al subir nuevamente a la planchada para desembarcar, vuelvo a ofrecer mi mano a la mayor de las hijas del cónsul. Esta vez la acepta sonriendo y me dice: «Ahora, con la oscuridad, es peligroso confiar en la cuerda...» Los invitados se ponen en marcha y todavía nos saludan desde el muelle. Yo, de codos sobre la amura, la veo alejarse y se me figura que algo de mi vida se va con ellos... Mañana zarparemos.

24 de diciembre de 1898

III

La presencia de Bueno en tierras sudamericanas sirvió a su regreso a la patria para que, de tiempo en tiempo, acudiesen ya en Madrid a visitarle escritores que llegaban a nuestra capital con el deseo de acrecer en ella, dentro de la expansión literaria de la lengua española, la firma más o menos conocida que en sus repúblicas habían conseguido.

Así había ocurrido, dos años de que apareciesen en *El Globo* sus «Navidades», con un «Juan Fernández», probablemente seudónimo, empleado por Bueno para encubrir la personalidad auténtica de alguien que en la actualidad sería difícil descubrir, un literato paraguayo que, apenas llegado a la tierra de *Fígaro,* buscó al periodista vascongado para que le echase una mano. En ese tiempo Manuel Bueno trabajaba en un periódico donde hacía de todo, el fondo político, las crónicas de actualidad, las de libros, etc. En aquel tiempo eso era muy frecuente, y todavía; en *El Globo,* con Bueno, casi ocurría lo mismo, redactando casi un trabajo diario, de una parte, ciertas «Impresiones literarias» firmadas con su nombre y primer apellido; de otra, y con

el título de «Crónicas volanderas», trabajos frecuentes suscritos con el seudónimo de *Lorena.*

En una de estas últimas quiso recordar para sus lectores el episodio de la presencia madrileña del *Juan Fernández,* en los siguientes términos:

«—Vengo a verte—me dijo Juan Fernández luego de saludarme con la efusión que se gastan dos amigos que no se deben dinero—. Vengo a verte porque necesito de tu protección.

—Eso quiere decir que no te hace falta nada—repuse con naturalidad—. En fin, tú dirás...

—Chico, la verdad por delante; en el Paraguay no se puede vivir. Aquello es insoportable. Nadie sabe ni leer ni escribir, ni nada. Con decirte que el guaraní es el idioma nacional, está dicho todo.

—Bueno, ¿y qué? No discuto sobre la mayor o menor cultura del Paraguay. ¿Qué te propones?

—Vas a pasmarte en cuanto te lo diga. Nada menos que a «abrirme paso» con la pluma y ser un novelista...

—Antes llegarás a ser ministro que a novelista célebre. Para la gloria literaria sale un tren cada medio siglo... Aún no ha regresado el que se llevó a Galdós.

Como se ve, Manuel Bueno no era un iluso, ni tenía pelos en la lengua cuando enristraba la pluma para escribir para el público. Comprendió desde la aparición de *Juan Fernández* en Madrid, que se trataba de un crédulo, incapaz de creer otra cosa que aquello que pudiera favorecer sus conveniencias. El paraguayo debía de tener dinero, pues se dio a escribir novela tras novela, hasta ocho volúmenes que, uno tras otro, los fue dejando en depósito en las librerías, «único medio, decía Bueno, de que no se vendiesen». Y claro está, debieron de quedarse en el fondo tenebroso de los almacenes, no obstante que el primer ejemplar que la imprenta enviaba con la factura iba inmediatamente destinado a un crítico—Bueno le llamaba *Julepe,* por no arrancarle la careta—que cobraba en aquel tiempo el barato en la literatura. «Digo el barato—confesaba Bueno—, porque aquí todo es matonismo, comercio y letras, religión y política. No sería disparatado agregar al escudo nacional un chulo "en jarras".»

Los periódicos hablaban de *Juan Fernández* cuando hablaban. Sus partos eran una noticia más incorporada a la gacetilla. Y cosa rara, por acuerdo tácito llamábanle todos los críticos «el laborioso escritor»... Suponían los gacetilleros que el adjetivo labioroso, que aplicado a un cargador suele ser una recomendación, vale lo mismo cuando se le adjudica a un artista.

Al cabo de cinco años, Juan Fernández, después de haber publi-

cado ocho novelas, volvió a visitar a Manuel Bueno, el cual supuso, al verle, que el paraguayo, que se había propuesto freírle la sangre con sus asuntos, tenía algo importante que comunicarle. Alguna chifladura más, equivalente a la de un compañero suyo de redacción que llevaba escritos media docena de artículos para abogar por la unión ibérica, que, según Bueno, equivalía a abogar porque los ingleses concertasen una alianza con los habitantes de Madagascar.

La nueva visita de Juan Fernández sería, iba a ser, la última. El paraguayo había decidido su regreso a la patria de origen, aunque en ella siguiese siendo el guaraní la lengua nacional, a la que tal vez se propusiera traducir las ocho novelas publicadas en la Corte española. Pero antes de embarcarse quería desahogarse con su amigo, informándole del proyecto que tenía, antes de salir de Madrid, de personarse en la plaza de las Cortes para, delante de la estatua del autor del *Quijote*, prorrumpir dos estentóreos ¡Muera Cervantes!, gritos absolutamente inútiles, cuando se habían de lanzar contra los oídos... de bronce, de alguien a quien todo el mundo tiene declarado inmortal.

Manuel Bueno, al contar todo ello a sus lectores, les informaba de que dos caballeros que pasaban en el momento de los «Mueras» del paraguayo, se habían sumado a los gritos, suponiendo que se trataba del arrendatario del impuesto de las cédulas.

IV

¡Pobre Manuel Bueno, inolvidado amigo por parte de algunos, pero completamente desconocido hoy para los más, a pesar del lugar destacado que ocupó en diversos géneros de la faena literaria!

Si entre los del 98 no se le recuerda, como merece, por no haber alcanzado butaca de primera línea, sus veinticuatro años manejaron su pluma en el sentido democrático y en las columnas de la prensa de ese tiempo es más político que los literatos del grupo, más fecundo, más arriesgado.

Había luchado con la vida a brazo partido —únicamente Maeztu coincidía en esto con él—, pues nacido en Pau en 1874, ya a los diecisiete años marchó a América para emprender la lucha mercantil que, para algunos, se premia con el nombre de indianos. El no lo alcanzó, porque el destino le reservaba otra cosa, y volvió a España para esclavizarse en un quehacer que, si le otorgó éxitos como escritor, remató su vida trágicamente.

Su pluma, manejada con soltura admirable, siempre ameno y siempre oportuno en sus colaboraciones, le concedió un lugar de primera línea en la prensa española. Por esa presencia escribió cuentos antes

que novelas, y quien quiera saber su modo de hacerlos, puede hallar las pruebas en sus libros *Viviendo* (1897), *Almas y paisajes* (ambos de 1900). Figuró entre las mejores firmas del pelotón en la carrera literaria de la novela corta que tuvo por mesías al buen amigo Eduardo Zamacois —al que desde aquí dirijo un cordial saludo en su exilio voluntario de Buenos Aires, y también algunas de esas producciones se recogieron en el libro titulado *El último amor* (1930), aunque tanto en cuentos como en novelas cortas la parte más abundante de su producción no llegó a ver la luz en volumen de librería y se conserva entre el inevitable polvo de las hemerotecas, a donde seguramente nadie pensará ir a buscarla, pues alguno que lo intentó ha perdido ya la esperanza de que su trabajo lograra éxito.

Hubo unos años en que Manuel Bueno ocupó el primer lugar en la clasificación de los críticos teatrales de España. Pero su labor sólo en pequeñísima parte está recogida en el volumen titulado *Teatro español contemporáneo* (1909), dado a luz por la editorial Renacimiento; en las dos páginas con que presenta esa recopilación mínima de su trabajo, dice sin querer rebajar el mérito de nadie ni herir su orgullo profesional, que considera efímero el valor de sus críticas, tanto como el de las obras que las motivaron. Y añade, después de esa declaración tan propia de su idiosincrasia personal y de su ingénita modestia:

«Poniendo a un lado *Realidad* y *La loca de la casa,* dos o tres comedias de Benavente y el *Juan José* de Dicenta y descontando algún sainete de Ricardo de la Vega, de quien por cierto no se habla aquí más que episódicamente, ¿qué obra de las que se ponderan o rebajan en el presente volumen merece pasar a la posteridad? Seamos humildes todos y dé el ejemplo el comentarista declarando que no concede la menor trascendencia a estas impresiones desordenadas como la pasión intelectual que las dictó y fugaces como las risas y las lágrimas de los seres que le acompañaron en el teatro la noche de cada estreno.»

Hemos reproducido este párrafo por entender que si alguno de los que lean este trabajo tuvo la suerte de conocer y de tratar a Manuel Bueno, leyéndolo creerán que le oyen en su lejana autenticidad de carácter desdeñoso, por recta conciencia, de lo suyo y de lo de los demás.

Y aún queda un género de literatura en la que en sus tiempos de hombre maduro sobresalió de modo destacado entre los que lo cultivaron. Me refiero al libro de viajes. En 1911 recogió algunos de estos artículos en el volumen titulado *Otras patrias y otros cielos,* mas como ocurre con toda su producción, también guardan las hemerotecas gran cantidad de esa labor, que se adelantaba a lo que posteriormente se produce para estimular las fiebres provocadas por el turismo.

La Junta de Cultura de Vizcaya rindió homenaje a su coterráneo ilustre dando a luz un libro titulado *Palabras al viento,* aparecido en 1952. A la par de este libro recomendamos no sólo lo que de Manuel Bueno recoge, sino con tanta justicia el prólogo que para él escribió mi amigo de siempre, que por muchos años continúe en pie para que podamos comentar las viejas y perdidas amistades, Tomás Borras, que tuvo estrecha y honda amistad con el gran bilbaíno... aunque naciese en Pau.

En esta colección de artículos resucitados por la Junta de Cultura de Vizcaya hay verdaderas joyas de su mejor época, las cumbres de su pluma y el supremo interés de un escritor al que, los que le seguíamos, veíamosle ganar y ganar altura, en la expresión, en la soltura de su estilo y hasta muchas veces en el léxico, sobre todo científico-médico, en que le sostenía la preocupación de sus intuiciones acerca del dolor que acecha a los seres humanos cuando se va acercando el fin de su vida. ¿Sería acaso que le acorralaban íntimos presentimientos que nadie que hablase con él le oía exponer?

Y para terminar este recordatorio que hemos querido redactar en la evocación juvenil del amigo perdido en hora infausta, diremos que como novelista debutó en 1906 con su obra tan bien matizada *Corazón adentro,* que tuvo acogida muy favorable entre los críticos y entre el público de entonces. Años más tarde pareció que iba a dedicarse al género novelístico con firme empeño, cimentado en el hecho de haber hallado en Barcelona un editor dispuesto, a estilo francés, a dedicarse a la explotación de una cantera con porvenir excelente. Fue entonces cuando se dieron a luz *Los nietos de Dantón,* título curioso y atrayente que denunciaba la novela política, terreno éste que Bueno, con su pasado de periodista, conocía más que el que más en la realidad de su época de observador de la sociedad de su tiempo.

Pero... había entonces en la calle tanta y tan agitada vorágine política que era difícil obtener la atención para la que se ofrecía, aunque fuese en rústica, en los escaparates de las librerías.

Y quien no pudo con la política novelada encontrar un auxilio económico para sus últimos años de vida halló, en Barcelona también, una caracterización definitiva como personaje circunstancial de novela en una de su amigo José Francés, inmolado Bueno y víctima de un grupo de asesinos que nadie puede imaginar qué hallaron en él que vengar, pues si alguna vez la pluma suya defendió causas políticas, fue para servir la amistad de los que hacían política a beneficio exclusivamente suyo y de sus adeptos, no para que Bueno les imitase en la defensa de su propia y siempre modesta economía.—JOSÉ GARCÍA MERCADAL *(General Pardiñas, 72. MADRID).*